

Evaluar no es medir

Se aproxima el fin de curso. El día D, clave en el devenir de sonrisas y lágrimas, pone el punto y final a un nuevo curso. Es el día “de las notas”, las definitivas, las que elevan potencialmente enojos, orgullos y algunas indiferencias. Cultura escolar por antonomasia donde, a pesar de que “muchos de los boletos ya llevan tiempo vendidos”, la expectación es máxima. Los alumnos traducen sus inquietudes en multitud de preguntas dirigidas al profesor; los padres, a su vez, dejan intuir a sus hijos qué pasaría si..., y los profesores, comienzan esas tan incómodas juntas de evaluación.

El Sob y el MD, al igual que el PA y el NM, son los polos de un sistema de baremación (percibido así por los alumnos y padres) que plasman el resultado al trabajo realizado durante todo el curso: ¡Qué difícil resulta no equiparar evaluación con medición!

A pesar de lo mucho escrito, debatido y consensuado sobre evaluación, seguimos siendo incapaces de ofrecer una evaluación que vaya más allá del boletín informativo o que por lo menos, así sea entendida por alumnos y padres. La evaluación formativa se asume como la más apropiada, una evaluación multimetodológica, con el trabajo diario como referencia y un profundo conocimiento del alumno/a. Sin embargo, la realidad se antoja distinta, seguimos asociando el examen, por otra parte necesario y valioso, con evaluación. Lo demás no cuenta, o, si cabe, cuenta pero en menor grado; las tutorías no ejercen esa labor informativa y formativa con la continuidad que exigen las circunstancias y, por el contrario, los padres se ponen del lado de lo más fácil y tangible (los exámenes) como los únicos y verdaderos indicadores evaluativos.

Para muchos profesores siguen considerándose palabrotas pedagógicas el hablar de la evaluación de actitudes o de la necesidad de potenciar procedimientos. La obligatoriedad de que la labor docente se oriente a una evaluación día a día (mucho más trabajosa) y no a la mera media aritmética no termina de cuajar en la profesión, sobre todo, a medida que se va ascendiendo por las etapas educativas.

Evaluar es comprometerse, conocer a cada alumno, no como un número, sino como una persona y, sólo cuando lo conozcamos (*Yo soy yo y mis circunstancias*) podremos evaluarlo con ecuanimidad, y no tanto con pretendida objetividad o justicia (términos de dudosa aplicación escolar). No se trata de ser más flexible, más *light*, sino de ser serios con nuestra labor y poder tomar decisiones con mayor conocimiento de causa. Tampoco es cuestión de paternalismos ni de intromisiones que no competen, eso tampoco es evaluar.

La evaluación formativa nos exige más dedicación, más trabajo y, ante todo, coherencia entre nuestro decir y nuestro hacer. ■